



Tren estación cielo

Sylvia Saítta¹

Resumen

Este trabajo analiza algunos de los procedimientos del viaje de izquierda y la construcción de un nuevo lugar de enunciación como una variante del relato argentino de viajes, con la hipótesis de que fueron estos libros de viajeros los que crearon representaciones de Rusia que reaparecieron después en el periodismo, la literatura y el discurso político; imágenes de una sociedad distinta, un futuro imaginado, un nuevo orden social que fueron parte importante en la constitución del nuevo imaginario de la revolución.

Palabras clave

Viajeros argentinos – viajeros de izquierda – relatos de viaje.

Abstract

This paper analyzes procedures of the left trip and the construction of a new place of enunciation as a variant of the Argentine account of journeys, with the hypothesis that were these books of travellers who created representations of Russia who later reappeared in the journalism, literature and the political discourse; images of a different society, an imagined future, a new social order that were an important part in the constitution of the new imagery of the revolution.

Keywords

Argentine travelers – left travelers – travel stories.

Todo lo que concierne a Rusia interesa. Rusia es una palabra misteriosa, aureolada de amor y de odio. Es clarinada. Hiende la muchedumbre.

Álvaro Yunque, “Santa Rusia” (1933)

Me parece ver a Rusia como una de esas enormes serpientes fascinadoras de pájaros. Y a su alrededor, a todas las naciones como pajarillos inocentes, con los ojos fijos en el monstruo, esperando el momento de ser devorados por él.

Delfina Bunge de Gálvez, “La fascinación soviética” (1931)

Amor y odio; *pajarillos* inocentes y monstruos voraces: desde octubre de 1917, la Revolución Rusa fue, además del gran suceso político, social y cultural que conmocionó los comienzos del siglo veinte, una poderosa cantera de mitos, representaciones y figuraciones

¹ Investigadora del CONICET y profesora de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde dirige proyectos de investigación sobre periodismo, revistas literarias y cultura argentina. En 1998, publicó la primera edición de *Regueros de tinta*, al que le siguió *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*. Dirigió *El oficio se afirma*, tomo 9 de la *Historia crítica de la literatura argentina*, y editó *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Realizó numerosas ediciones de la obra inédita de Roberto Arlt y de revistas culturales como *Crítica*, *Revista Multicolor de los Sábados*, y *Contra. La revista de los franco-tiradores*. Es directora, junto con José Luis de Diego, de la colección Serie de los dos siglos de EUDEBA. Su investigación en curso es sobre los usos de la ficción en los comienzos de la radio en Argentina. Contacto: sylviasaitta@gmail.com

que conformó los contornos de un nuevo imaginario político (Buck-Morss 2004: 32). Que las primeras versiones que llegaron a Argentina, como al resto del mundo, fueran confusas o contradictorias, no hizo sino acentuar ese halo misterioso que, todavía en los años treinta, Álvaro Yunque le asignaba a la palabra *Rusia*. Diarios y revistas reprodujeron entonces cables de noticias, fotos de dudosa procedencia, notas levantadas de diarios europeos, testimonios de inciertos corresponsales, para dar cuenta del nuevo *fantasma* que comenzaba a recorrer el mundo. La principal fuente de información eran las agencias internacionales de noticias cuyas versiones eran cuestionadas por su indudable postura pro-aliada (Falcón 2000). José Ingenieros fue uno de los primeros en denunciar “las tonterías alarmistas de los cablegramas” en su conferencia en defensa de la revolución rusa del 22 de noviembre de 1918 en el Teatro Nuevo:

Día a día las agencias telegráficas comenzaron a injuriar la revolución que había destruido el despotismo de los zares (...) El cable se hinchaba a cada hora con noticias terroríficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo, presentando a los maximalistas como una banda de malvados e insensatos. Se habló de terror. ¿Qué terror? (Ingenieros 2000: 40).

Enfrentando el *terrorismo* informativo de los cables, Ingenieros publica en su *Revista de Filosofía* artículos en defensa de la revolución rusa y reseñas de los libros de los viajeros que volvían de Rusia. Entrevistó así al dirigente Rodolfo Ghioldi después de su regreso de la Unión Soviética a donde había viajado en junio de 1921 como delegado argentino en el III Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú (Ingenieros 1922). Ese congreso –el primero donde participó un delegado del Partido Comunista Argentino– marcó un momento de viraje en la Internacional Comunista porque se realizó el llamamiento a un Frente Único con los obreros que pertenecían a la Segunda Internacional y a otras organizaciones reformistas y anarcosindicalistas. Después de ese congreso, en agosto de ese año, el Partido Comunista Argentino fue reconocido oficialmente como sección de la Internacional Comunista en una reunión de su Comité Ejecutivo. Desde Moscú, Ghioldi envió dos notas al diario *La Internacional. Órgano del Partido Comunista. Sección Argentina de la III Internacional*, dirigido por José Penelón: “El Viaje. Carta desde Moscú” y “Un sábado comunista de los delegados extranjeros” (Ghioldi 1921a y 1921b). Horacio Tarcus (1997) afirma que el costo de ese viaje fue alto para Ghioldi, quien se desempeñaba como maestro en Buenos Aires: en su viaje de regreso a Argentina vía Italia, se cruzó en Génova con Ángel Gallardo, presidente del Consejo Nacional de Educación; cuando llegó a Buenos Aires, Ghioldi supo que había sido “separado de su puesto de maestro”, por resultar incompatible con sus ideas “maximalistas”.

Las *Impresiones de la Rusia de los Soviets* de Ghioldi inician la larga serie de relatos de viajeros argentinos a la Unión Soviética, a la que se suman los libros de viajeros españoles y latinoamericanos y las traducciones de los relatos de viajeros de todo el mundo, que fueron profusamente editados, vendidos y leídos por miles de lectores argentinos en el período de entreguerras. La sola enumeración de los títulos que se publicaron en Buenos Aires en ese período es su mejor demostración: los relatos de viajeros argentinos: Rodolfo Ghioldi, *Impresiones de la Rusia de los Soviets* (1921); José F. Penelón, “Viaje a la Unión Soviética” (*La Internacional*, 31 de mayo de 1924); Martín García, “Impresiones de una

visita al país de los soviets” (*Crítica*, 26 de enero a 3 de febrero de 1928); León Rudnitzky, “Rusia: la verdad de la situación actual del soviets” (*Crítica*, 18 de mayo a 8 de junio de 1928); Vidal Mata, *La verdad sobre Rusia* (1930); Elías Castelnuovo, *Yo vi...! en Rusia. Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores* (1932) y *Rusia Soviética. Apuntes de un viajero* (1933); Aníbal Ponce, “Visita al hombre nuevo” (1935); los relatos de viajeros españoles y latinoamericanos: Sofía Casanova, *De la revolución rusa en 1917* (1917) y *La revolución bolchevista. Diario de un testigo* (1918); Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia soviética* (1921); Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso* (1922); Isidoro Acevedo, *Impresiones de un viaje a Rusia* (1922); Adolfo Agorio, “Bajo la mirada de Lenin” (*Crítica*, 23 de abril a 12 de mayo de 1925); Julio Álvarez del Vayo, *La nueva Rusia* (1926); Diego Hidalgo, *Un notario español en Rusia* (1929); Rodolfo Llopis *Cómo se forja un pueblo. La Rusia que yo he visto* (1929); César Vallejo, *Rusia en 1931* (1932); Haya de la Torre, *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia Soviética* (1932); Julián Zugazagoitia, *Rusia al día* (1932); Jorge Nicolai, *Rusia, actual y futura* (1932); Enrique Díaz-Retg, *En Rusia. La revolución empieza ahora* (1933); Luis Hoyos Cascón, *El meridiano de Moscú o La Rusia que yo vi* (1933); Abelardo L. Rodríguez, *Notas de mi viaje a Rusia* (1938); los relatos de viajeros extranjeros, traducidos en esos años: H. G. Wells, *Rusia en tinieblas* (1920); Alfonso Paquet, *En la Rusia Comunista. Cartas desde Moscú* (1921); Alesandrovsky, *Impresiones de un viaje a la Rusia soviética* (1921); Alfonso Goldschmidt, *Moscú. Diario de un viaje a la Rusia Soviética* (1923); Panait Istrati, *Rusia al desnudo* (1930); Henri Barbusse, *Rusia* (1931); Liam O’Flaherty, *Cómo está Rusia* (1931); Waldo Frank, *El amanecer de Rusia. Recuerdos de un viaje* (1932); André Gide, *Regreso de la URSS* (1937) y *Retoques a mi Regreso de la URSS* (1937).

Si bien estos relatos pueden ser sistematizados de varias maneras –por el país de origen del viajero, por la finalidad del viaje, por la posición política de quien lo enuncia–, lo cierto es que el momento histórico y político en el que cada viajero arriba a la Unión Soviética determina tanto los modos de ingreso y los recorridos realizados dentro del territorio soviético, como también las actividades culturales o sociales, los intercambios interpersonales, los posicionamientos políticos. Una primera Rusia es la que aparece representada en los libros de quienes viajaron antes de la finalización de la primera guerra mundial, donde los procedimientos del relato de viaje se cruzan con los rasgos más característicos de la crónica de guerra, como sucede en los libros de la escritora y periodista española Sofía Casanova –primer relato escrito en castellano– y del periodista alemán Alfonso Paquet. Otra es la Rusia de la posguerra, destrozada por los estragos de la guerra mundial y civil; la Rusia de Lenin y la aplicación de la NEP, la militancia en favor de la constitución del Frente Único con socialistas, reformistas, sindicalistas, y la organización de frentes internacionales no ostensiblemente comunistas (Saítta, 2009). Distinta es la Rusia de Stalin, que se afirma en la posibilidad del socialismo en un solo país y la consigna de clase contra clase, que, a su vez, cambia a mediados de los años treinta con el llamado a los Frentes Populares contra el fascismo. Tres momentos que, durante veinte años –entre la revolución de 1917 y la segunda guerra mundial–, fueron el escenario de un conjunto notablemente vasto de libros escritos por los numerosos viajeros a la Unión Soviética que circularon en la Argentina de ese período.

Este trabajo analiza algunos de los procedimientos del viaje de izquierda como una variante del relato argentino de viajes, con la hipótesis de que en la construcción de un nuevo lugar de enunciación, que ligaba la experiencia personal a una teoría política, se crearon representaciones de Rusia que reaparecieron después en el periodismo, la literatura

y el discurso político; imágenes de una sociedad distinta, un futuro imaginado, un nuevo orden social que fueron parte importante en la constitución del nuevo imaginario de la revolución.

Hacia la tierra de los soviets

Pasa el tren por el bajo que da entrada a la URSS: “La Unión Soviética saluda a los trabajadores del mundo” gritan desde lo alto del pórtico de hierro las grandes letras que se mojan de nieve.

Rafael Alberti, “Noticiero de un poeta en la URSS” (1932)

Después del fin de la Primera Guerra Mundial, se convierten en una práctica internacional los viajes a la Unión Soviética tanto de intelectuales, periodistas y curiosos, como de dirigentes y militantes políticos de izquierda. Los motivos de los viajes son numerosos: en algunos casos, se viaja por curiosidad intelectual y política sobre lo que está pasando en Rusia; en otros, invitados por la Unión Soviética; algunos viajan para participar de algún congreso; otros, para realizar una misión política. Durante la primera etapa de la revolución –hasta la muerte de Lenin, en enero de 1924–, muchos de los viajeros que arriban a la Unión Soviética, sobre todo en 1920, son socialistas y anarquistas que viajan para participar del Segundo Congreso de la Internacional Socialista (desarrollado entre el 19 de julio y el 7 de agosto de 1920) y para ver de cerca qué sucedía en la Unión Soviética antes de aceptar las veintiún condiciones que exigía la Tercera Internacional Comunista para ser incorporados. Más tarde, viajan los periodistas enviados por algún diario, o profesionales interesados en las nuevas prácticas de la Rusia Soviética (médicos, como el rosarino Lelio Zeno que viaja en 1931; ingenieros, como el norteamericano Watter A. Rukeyser, que viaja en 1928; abogados como el español Diego Hidalgo que lo hace en 1929).

Estos viajes de intelectuales, escritores o periodistas difieren de los que realizan los militantes y los dirigentes comunistas cumpliendo misiones del Partido. Y difieren por varios motivos: en primer lugar, porque muchas veces los dirigentes comunistas viajan clandestinamente; en segundo lugar, porque son viajes que rara vez se traducen en relatos públicos (Claudín 1985). Por ejemplo, son pocos los libros de viaje escritos por dirigentes comunistas argentinos –Rodolfo Ghioldi y José Penelón son excepciones– si se tiene en cuenta que los comunistas argentinos viajaban periódicamente a la Unión Soviética, sobre todo a partir de 1924 cuando, después de la muerte de Lenin y más precisamente a partir del V Congreso de la Internacional Comunista, en junio de 1924, se produjo el proceso de bolchevización de los partidos comunistas de todo el mundo. Tanto fue así que, después de la expulsión de José Penelón del Partido Comunista Argentino, los penelonistas denunciaban que los partidarios de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi habían convertido el local de Estados Unidos 1525 –donde funcionaba el Comité Central del Partido Comunista– “en una agencia para el envío de delegados a Moscú”, y sostenían que la adhesión de los militantes tenía una sola causa: “El gran gancho: los viajes a Moscú”.²

La discreción de los dirigentes contrasta con la de los intelectuales y escritores argentinos que viajaron a la Unión Soviética: fueron estos “compañeros de viaje” o

² *Adelante!*, 6 de septiembre de 1928 (citado en Vargas, 1999).

“compañeros de ruta” –como se denominó, durante varias décadas, a los simpatizantes de la Unión Soviética que no tenían un vínculo formal con el Partido Comunista– quienes, después de conocer y vivir la experiencia revolucionaria, pusieron en palabras el relato del viaje. Paul Hollander (1987) describe, en este sentido, dos tipos de viajeros: el peregrino político que, como el término lo indica, “se consagra de una manera fervorosa y consciente a los valores políticos que supone encarnados en el país que visita”, y el turista político, que se caracterizaría por adherir a los principios ideológicos del sistema del país al que arriba, pero que está menos politizado y no siempre es un intelectual.

Ser testigo de esa sociedad nueva se convirtió entonces, como en el resto del mundo, en el anhelo de muchos escritores y periodistas argentinos: “entramos al territorio de los Soviets como amigos dispuestos a interpretar inteligentemente esa nueva vida acechada de dificultades y peligros”, afirma el corresponsal de *Crítica*, León Rudnitzky (1928), en su primer envío al diario; “he venido a ver, nada más (...) ver con los ojos la realización del socialismo y tocarlo después con las dos manos”, dice el escritor Elías Castelnuovo (1932) cuando llega a Leningrado en 1931. Ver y tocar: la experiencia revolucionaria se materializa ante la mirada de Castelnuovo porque pisar el suelo soviético es experimentar la realización de un modelo de justicia social en sus aspectos más tangibles y materiales, y sentirse parte de una comunidad reconciliada, regida por la armonía entre valores diferentes, entre el individuo y la sociedad, entre la cultura y la naturaleza, entre los intereses públicos y los privados, entre los deseos y la realidad.³ Además, ese modelo tenía un atractivo especial: eran también los intelectuales los que, junto al pueblo, estaban haciendo la historia y ocupaban los lugares de poder. Por eso, en su viaje a Rusia, y después de asistir a una representación popular de *Las almas muertas* de Nicolás Gogol, Aníbal Ponce descubre que “jamás un escritor o un artista, en ningún país de la tierra, ha tenido a su lado un público más alerta y comprensivo”, y considera que el lugar que la sociedad rusa le otorga a la cultura resuelve los conflictos entre las armas y las letras, el mundo del trabajo y el mundo de la cultura:

El mismo obrero que trabaja por la mañana en la granja o las usinas, asiste por la tarde al club o los museos, frecuenta por la noche el teatro o los conciertos. Ediciones fabulosas de los mejores libros publicados dentro y fuera del país se agotan en pocos días, y mientras en el resto del mundo se acumulan los obstáculos para impedir a las masas el ingreso a las escuelas, la Nueva Rusia desparrama a manos llenas el tesoro de la cultura, alienta la más mínima inquietud renovadora (Ponce 1974).

Muy pronto, los libros de viajes a Rusia se convirtieron en una de las fuentes de información más importante del período de entreguerras; leídos por miles de lectores, funcionaron como mediadores entre los tratados de ciencia política y el gran público por ser, precisamente, relatos en primera persona de testigos directos que narran lo que *han visto* con sus propios ojos (Saítta 2007). En este sentido, procedimientos del género permitieron dar cuenta de teorías políticas y posicionamientos ideológicos a través de la narración de una experiencia que, como tal, le otorga un plus de credibilidad ideológica de la que carecían los textos de teoría política. Porque de eso se trata: de contar *la verdad*

³ Analicé el viaje de Elías Castelnuovo a la Unión Soviética en “Elías Castelnuovo, entre el espanto y la ternura” (Saítta 2008a); la recepción del viaje por parte de los comunistas argentinos, en “Son cuentos chinos. La recepción del relato del viaje de Elías Castelnuovo al país de los soviets” (Saítta 2008b).

sobre la revolución rusa y diferenciarse así tanto de los relatos apologéticos de los militantes comunistas como de las adversas versiones promovidas por las agencias de noticias internacionales. La recepción y venta de estos libros eran sumamente exitosas. Por eso, eran los mismos editores quienes promovían su publicación: fue Manuel Gleizer quien encargó a Julio Fingerit la traducción de *Moscú. Diario de un viaje a la Rusia Soviética* del economista alemán Alfonso Goldschmidt, editado en Buenos Aires en 1923; fueron los editores de *Un notario español en Rusia* de Diego Hidalgo, compuesto por las cartas privadas que fuera enviando a un amigo desde Rusia, los que le solicitaron a Hidalgo el permiso para su publicación, en Madrid, en 1929. Y no se equivocaron: el libro de Hidalgo agotó cuatro ediciones en dos años, se tradujo al portugués y al francés, y la edición francesa apareció en 1931 con un prólogo de Henri Barbusse. El de Goldschmidt fue reproducido por entregas en 1924 por el diario *Crítica* que, fiel a su estilo sensacionalista, lo anunció en términos más cercanos al relato policial que al testimonio político:

¿Qué ocurre en Rusia? ¿Hambre, terror, miseria? Hasta ahora es un misterio torturante lo que pasa en Rusia. Unos nos dicen que el caos es absoluto; otros nos la pintan como una organización ideal. Alfonso Goldschmidt, después de un viaje por el país de los soviets nos relata la verdad del enigma. Los lectores de *Crítica* van a conocer en páginas llenas de una gran dramaticidad, cuál es la verdadera situación del ex imperio de los zares. *Moscú* el único libro en que, como en un espejo, se refleja la realidad, va a ser íntegramente publicado en nuestras columnas. Vibra en sus páginas un grito de rebelión contra todos los opresores de la guerra y en especial contra el sistema capitalista que ejerce la más tiránica de las dictaduras. Todos deben leer *Moscú* por las enseñanzas que de esta obra de combate se desprenden. (*Crítica*, 2 de septiembre de 1924)

Si bien se inscribe en las propias tradiciones culturales nacionales, el relato del viaje argentino de izquierda se internacionaliza. En este sentido, se convierte en un texto siempre tensionado entre una estructura narrativa que se reitera de viajero en viajero, sea cual sea el país del que provenga, y las modulaciones propias de la lengua en la cual se enuncia; entre el escenario internacionalizado que se describe y las diferentes realidades nacionales de las que se proviene. Por su misma internacionalización, los relatos de los argentinos no difieren demasiado de los textos de los viajeros de izquierda procedentes de otros países y culturas, con quienes comparten los mismos tópicos, parecidas experiencias, similares representaciones. Porque, como sostiene Mario Laserna, el viaje a la Unión Soviética inaugura un nuevo tipo de viajero al que convierte en el espectador de un experimento social, político y cultural que ha cumplido sus metas; de una sociedad que pasa a ser objeto de un conocimiento racional “que permite no sólo entenderla o conocerla en sí misma, sino también planearla, controlarla, predecir su comportamiento, explicar las condiciones de su origen, su estado actual y su desarrollo pasado y futuro” (Laserna 1967). Se viaja entonces para conocer una realidad política, social y cultural concreta pero también porque esa sociedad es la materialización de una teoría general que se piensa transmisible y trasladable a otros espacios, a otras naciones, a otras culturas.

Sin embargo, la pregunta que ronda la escritura del relato de viajes es la de cómo transmitirle al lector una experiencia inédita. El recurso que prevalece es la de comparar la propia experiencia con todo aquello que el narrador ya sabía sobre Rusia por haberlo leído

en novelas, en otros libros de viajeros o en crónicas periodísticas. En la constatación o la discusión con lo ya leído, los argentinos asumen lo que Edward Said (1990) denomina una “actitud textual”, noción que hace referencia a uno de los comportamientos que experimenta el viajero cuando entra en contacto con algo relativamente desconocido: para codificarlo y transmitirlo el viajero recurre tanto a las experiencias que ya ha tenido y que pueden aproximarse a lo nuevo, como a lo que ya ha leído sobre el tema:

De rato en rato, ahora, llueve. El cielo yace encapotado. Una garúa menuda y fría se desprende constantemente sobre la tierra encharcada. Las cúpulas de los palacios y las torres de las iglesias emergen entre las brumas de la mañana como en los días más tristes y taciturnos que desfilan, sin cesar, a través de las páginas sombrías de las novelas de Antón Chejov o de Saltikov Chedrín. Parece un día de *Los endemoniados* (Castelnuovo 1932).

No obstante compartir muchos de los rasgos que caracterizan a los relatos de viajeros de todo el mundo, en los relatos argentinos la cuestión del idioma ingresa como tema recurrente, porque es el gran problema con el que se enfrentan a la hora de interactuar con la sociedad que visitan. Los viajeros dependen de los intérpretes para leer un diario, asistir a una obra teatral o, simplemente, comunicarse; de allí, que todos los discursos que se incorporan sean discursos traducidos, aun cuando algunos viajeros intenten comprenderlos ya sea por los gestos, o por el poco ruso que aprendieron antes de viajar, como es el caso de Castelnuovo:

Antes de partir, naturalmente, tomé algunas providencias. La primera de ellas, consistió en aprender el ruso. Me compré una gramática comparada y durante varios meses me entregué a una acelerada gimnasia lingüística, llenando cuadernos y más cuadernos de ejercicios de sintaxis y ortografía, sin descuidar entretanto la prosodia que era el escollo más serio del adiestramiento (1932).

Asumiendo una clásica posición de autodidacta, Castelnuovo exhibe un saber recién adquirido que, si bien le facilita el contacto con el pueblo ruso, al mismo tiempo se revela como una constante fuente de malentendidos:

El ruso que yo hablo o que chapurreo me va resultando de lo más contraproducente. O por lo menos, produce en Rusia, los más raros efectos. El idioma posee unos matices tan complejos que a menudo *sí* significa *no* y viceversa. (...) Entender, lo entiendo relativamente bien. Pero, se ve que al hablar lo asesino magistralmente, pues con cada uno que entablo conversación, me pregunta indefectiblemente si yo vengo de Oceanía (1932).

Como el mismo Castelnuovo evoca en sus *Memorias*, el encarnizado esfuerzo que implicó el aprendizaje del ruso estuvo muy por debajo del resultado previsto: “En vez de salirme un ruso culto como el que había estudiado con la gramática comparada, me salía un ruso bastardo, de marinero que, afortunadamente, por ser de marinero, no podía resultar del todo mal visto en el país del proletariado” (1974). De los intentos por comprender nacen muchas situaciones cómicas o equívocas. En lo que *dice* comprender, el viajero expone, en realidad, todo aquello que el viajero *quiere* creer, como sucede cuando Ghioldi interpreta el

discurso que un trabajador de los ferrocarriles les dirige a los pasajeros cuando el tren en el que viajaba llega a Rusia:

La mayoría de los que escuchábamos no entendíamos sus palabras, pero la entonación de su voz era tan elocuente, que comprendimos bien que en su cordial saludo de bienvenida nos pintaba los titánicos esfuerzos del proletariado ruso que, a pesar de todos sus dolores y sufrimientos, continuaba con heroica serenidad y firmeza su obra redentora (Ghioldi 1921a).

El viaje de izquierda hacia la revolución contribuyó a ratificar un imaginario que era previo porque constató el funcionamiento de un modelo de sociedad postulado por los textos de teoría política; el viaje fue entonces la comprobación experimental de su existencia. Este encuentro con la utopía realizada es predominante en el relato de Ponce donde Rusia es

Una sociedad que no sólo ha resuelto todos los problemas de la desocupación y de la crisis, sino que al poner al servicio de cada uno los tesoros de la cultura y de la técnica reservados hasta ahora a una exigua minoría, ha abierto para el progreso humano horizontes tan vastos como hasta hoy no era dado sospechar. La utopía enorme, que parecía destinada a flotar entre las nubes, tiene ya en los hechos su confirmación terminante (1974: 114).

Ponce no *mira* la realidad soviética sino que *constata* la puesta en funcionamiento de un modelo teórico; en este sentido, Héctor P. Agosti sostuvo que el viaje a Rusia le completó esa visión teórica porque fue para él “como una comprobación experimental” (1974: 113).

Llegar a la Unión Soviética implicó vivir –y ser parte– de la utopía revolucionaria. Y en las utopías, no hay lugar para los conflictos sino, como sostiene Isaiah Berlin, la convicción de que todos los valores positivos en los que han creído los hombres son compatibles y se implican unos a otros; la convicción de que “en alguna parte, en el pasado o en el futuro, en la revelación divina o en la mente de algún pensador individual, en los pronunciamientos de la historia o de la ciencia, o en el simple corazón de algún hombre bueno e incorrupto, existe una solución definitiva” (Berlin, 1998). El viaje en tren y el cruce de la frontera son, por eso mismo, el capítulo fundacional en los relatos de los viajeros a Rusia: un rito de pasaje entre dos mundos y dos tiempos que fue, para muchos intelectuales y escritores argentinos, la llegada al cielo de la utopía realizada.

Bibliografía

- Agosti, H. P. (1974): *Aníbal Ponce. Memoria y presencia*. Buenos Aires: Cartago.
- Alberti, R. (2000) [1932]: “Noticiario de un poeta en la URSS”. En: *Prosas encontradas*. Edición de Robert Marrast. Barcelona: Seix Barral.
- Berlin, I. (1998): “Dos conceptos de libertad”. En: *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza. Traducción de Belén Urrutia; Julio Rayón; Natalia Rodríguez Salmones.
- Buck-Morss, S. (2004): *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de*

- masas en el Este y el Oeste*. Madrid: La balsa de la medusa.
- Bunge de Gálvez, D. (1931): “La fascinación soviética”. En: *Criterio*, n° 178, 30 de julio.
 - Castelnuovo, E. (1932): *Yo vi...! en Rusia (Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores)*. Buenos Aires: Actualidad.
 - Castelnuovo, E. (1974): *Memorias*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
 - Claudín, F. (1985): “Prólogo”. En: Diego Hidalgo, *Un notario español en Rusia*. Madrid: Alianza.
 - Falcón, R. (2000): “Militantes, intelectuales e ideas políticas”. En: Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, tomo VI de *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
 - Ghioldi, R. (1921a): “El viaje. Carta desde Moscú”. En: *La Internacional*, 15 de agosto.
 - Ghioldi, R. (1921b): “Un sábado comunista de los delegados extranjeros”. En: *La Internacional*, 9 de octubre.
 - Ghioldi, R. (1921c): *Impresiones de la Rusia de los Soviets*. Buenos Aires: La Internacional.
 - Hollander, P. (1987): *Los Peregrinos de La Habana*. Madrid: Playor. Traducción de Ramón Solá.
 - Ingenieros, J. (1922): “Impresiones de la Rusia de los Soviets”. En: *Revista de Filosofía*, año VIII, n° 1, enero.
 - Ingenieros, J. (2000) [1918]: “Significación histórica del movimiento maximalista”. En: *Los tiempos nuevos*. Buenos Aires: Losada.
 - Laserna, M. (1967): “Formas de viajar a la URSS”. En: *Razón y Fábula*, n° 4, noviembre-diciembre.
 - Ponce, A. (1974) [1935]: “Visita al hombre futuro”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Cartago.
 - Rudnitzky, L. (1928): “Rusia: la verdad de la situación actual del Soviet. Impresiones recogidas por un enviado especial de *Crítica* a la tierra de Lenin”. En: *Crítica*, 18 de mayo.
 - Said, E. W. (1990): *Orientalismo*. Madrid: Libertarias. Traducción de María Luisa Fuentes.
 - Saítta, S. (2007): *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
 - Saítta, S. (2008a): “Elías Castelnuovo, entre el espanto y la ternura”. En: Álvaro Félix Bolaños, Geraldine Cleary Nichols y Saúl Sosnowski, *Literatura, política y sociedad: construcciones de sentido en la Hispanoamérica contemporánea. Homenaje a Andrés Avellaneda*, Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburg.
 - Saítta, S. (2008b): “Son cuentos chinos. La recepción del relato del viaje de Elías Castelnuovo al país de los soviets”. En: Gloria Chicote y Miguel Dalmaroni (eds.), *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina, 1880-1930*, Rosario: Beatriz Viterbo.
 - Saítta, S. (2009): “Moscú en los relatos de viaje (1917-1920)”. En: Fernando Martínez Nespral (comp.), *La ciudad y los otros. Miradas e imágenes urbanas en*

los relatos de viajeros. Buenos Aires: Nobuko.

- Tarcus, H. (1997): “Los archivos secretos del comunismo: Moscú y el PC Argentino”. En: *Clarín*, 31 de agosto.
- Vargas, O. (1999): *El marxismo y la revolución argentina*. Buenos Aires: Ágora.
- Yunque, A. (1933): “Santa Rusia”. En: *Claridad*, nº 263, 25 de mayo.